

La cerámica pintada de origen meseteño en la ciudad de *Iuliobriga* (Cantabria)

Painted pottery from the spanish plateau in the city of Iuliobriga (Cantabria)

ARIANA PÉREZ-RUIZ

Contratada Predoctoral «Concepción Arenal».
Universidad de Cantabria.

E-mail: ariana.perez@unican.es

Orcid ID: <https://orcid.org/0009-0005-7290-8629>

RECIBIDO: 8 DE AGOSTO DE 2025
ACEPTADO: 14 DE OCTUBRE DE 2025



Resumen: La cerámica pintada romana de origen meseteño constituye un testimonio clave de las transformaciones culturales que tuvieron lugar en el norte peninsular tras la llegada de Roma. El artículo examina un conjunto cerámico de este tipo recuperado de contextos estratigráficos de la ciudad romana de *Iuliobriga*, situada en la antigua Cantabria, en uno de los pasos clave entre la meseta y la costa. El objetivo es caracterizar sus formas, decoraciones y técnicas de producción, enmarcándolas en las dinámicas de cambio del territorio cántabro durante el cambio de era. Mediante un análisis tipológico y comparativo se evidencia la pervivencia de tradiciones alfareras prerromanas adaptadas a las demandas del periodo altoimperial y una mayor circulación de estas producciones tras las guerras cántabras, impulsada por la red viaria romana. En definitiva, el estudio delimita el alcance de la romanización desde una perspectiva material.

Palabras Clave: cerámica pintada, Cantabria, *Iuliobriga*, romanización, Alto Imperio.

Abstract: Roman painted pottery produced in the northern Spanish plateau is a key testimony of the cultural transformations that took place in the northern Iberian Peninsula following the arrival of Rome. This article examines a set of such materials recovered from stratigraphic contexts in the Roman city of *Iuliobriga*, located in ancient Cantabria, at one of the main routes between the Meseta and the coast. The aim is to characterize its shapes, decorations and production techniques, framing them within the dynamics of change in the Cantabrian territory during the turn of the era. Through typological and comparative analyses, the study highlights the persistence of pre-Roman traditions adapted to the demands of the Early Imperial period, as well as an increased circulation of these wares after the Cantabrian Wars, driven by the development of the road network. Overall, this study defines the scope of romanization from a material perspective.

Keywords: painted pottery, Cantabria, *Iuliobriga*, romanization, Early Empire.

Cómo citar este artículo:

Pérez-Ruiz, Ariana; (Early Access 2025): [1-18]
«La cerámica pintada de origen meseteño en la ciudad de *Iuliobriga* (Cantabria)»,
Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra, 34, (1-18). <https://doi.org/10.15581/012.34.014>

ISSN: 1133-1542. ISSN-e: 2387-1814

1. INTRODUCCIÓN

EN los últimos años, las cerámicas pintadas de origen meseteño han suscitado un creciente interés entre los investigadores, ya que representan una manifestación singular de los cambios culturales asociados a los procesos de romanización en amplias zonas del interior y norte de la península ibérica. Se trata de materiales cerámicos que, aunque comparten rasgos con otras producciones prerromanas, muestran una notable adaptación formal al repertorio del Alto Imperio.

Estas cerámicas evidencian una dispersión que se concentra en el interior de la meseta y su estudio se ha realizado normalmente desde perspectivas tipológicas y estilísticas. Sin embargo, la circulación y presencia de estas producciones en espacios periféricos de la región cantábrica plantea cuestiones aún inexploradas, tanto sobre las redes de distribución en las que se insertan como sobre su recepción en los lugares de consumo. En este sentido, el yacimiento de *Iuliobriga* (Retortillo, Campoo de Enmedio, Cantabria) constituye un caso particularmente relevante, al tratarse del núcleo urbano más septentrional de la antigua Cantabria que ha proporcionado un número significativo de esta clase de recipientes. El objetivo de este trabajo es presentar este conjunto cerámico inédito como punto de partida para tratar no sólo los aspectos estilísticos o formales propios de este tipo de objetos, sino también las dinámicas de cambio y continuidad que se dan en un contexto marcado por la integración progresiva de este territorio en el mundo romano. Hay que señalar, no obstante, que la escasez de talleres identificados, la abundancia de hallazgos descontextualizados y la falta de articulación entre los estudios regionales dificultan la elaboración de un marco interpretativo que sirva de referencia general.

2. ANTECEDENTES Y MARCO TEÓRICO

Con el fin de las guerras cántabras y el consecuente periodo de estabilidad que siguió, se produjo un incremento notable en la distribución de producciones cerámicas itálicas hacia áreas del interior y norte de la Península hasta entonces poco afectadas por su consumo. La difusión de la *terra sigillata* itálica en el interior de la meseta favoreció la adopción de nuevos estilos y formas. Lo mismo sucedería después con la introducción de la *terra sigillata* sudgálica, de procedencia más cercana y aún más influyente en lo relativo a gustos y funcionalidad entre las producciones cerámicas hispanas. Como consecuencia de estos cambios, los alfareros locales comenzaron a introducir elementos foráneos en sus producciones, para adaptarse a una realidad cambiante. Ésta afectó a los gustos y las costumbres relacionadas con la manera de servir y consumir los alimentos y contribuyó a una progresiva sofisticación y estandarización de la vajilla (Abascal, 1986: 24). Desde esta perspectiva, el análisis de los conjuntos cerámicos hallados en contexto arqueológico se nos revela como una herramienta clave que puede ayudar a entender los ritmos y matices de la romanización a escala microrregional, especialmente en zonas donde la ausencia de fuentes escritas otorga al registro material arqueológico un protagonismo destacado.

Un ejemplo notorio de los procesos de adaptación que se dieron en la producción cerámica a lo largo del siglo I d. C. lo encontramos en la cuenca alta del Duero con las cerámicas de *tipo Clunia* que, a partir de los años 50-60 d. C., ocuparon un lugar destacado dentro de la vajilla de mesa consumida en la zona. El origen de estas cerámicas se ha atribuido tradicionalmente al alfar de Los Pedregales, en Clunia (Coruña del Conde, Burgos)¹. Se trata de recipientes de pastas blancas o, con menor frecuencia, anaranjadas con engobe blanco, muy depuradas, decantadas y de paredes delgadas (1,5-4 mm). Sus formas remiten a tipos romanos populares, como el vaso de la forma Ritt. 9 de *terra sigillata* sudgálica, pero sin duda su rasgo distintivo es la decoración. Las superficies de estas piezas se encuentran pintadas con trazos de color negro o marrón oscuro, formando frisos figurativos, vegetales y animales, reflejo de una herencia indígena. Su demanda fue tal que por toda la submeseta norte se desarrolló una notable cantidad de imitaciones locales. Desde la segunda mitad del siglo I d. C., estas imitaciones reproducían las cerámicas originales de *tipo Clunia* con una calidad inferior, es decir, con una pintura mal adherida al recipiente y más descuidada, realizada a mano alzada (Blanco, 2015: 445-468). Para este tipo de materiales la obra de referencia sigue siendo la monografía de J. M. Abascal sobre la cerámica pintada. Las descripciones formales y decorativas, así como el catálogo de formas (Abascal, 1986: figs. 166 y 167) elaborado a partir de los materiales del vertedero de Los Pedregales, en la propia Clunia, siguen actualmente vigentes, ya que no se ha realizado ningún otro trabajo monográfico de carácter general, más allá de publicaciones centradas en yacimientos concretos (Romero, Lión y Crespo, 2018: 44-48; Lión y Crespo, 2015: 351-368).

El otro gran grupo de cerámicas meseteñas pintadas que alcanza gran difusión en el centro de la cuenca del Duero y áreas limítrofes es el de las llamadas cerámicas pintadas *vacceas* tardías, cuya producción enlaza sin solución de continuidad con las propias del período prerromano y se extiende por lo menos hasta el último cuarto del siglo I d. C. Casi todas sus formas hunden sus raíces en las producciones *vacceas* de los siglos II y I a. C., si bien fueron incorporando gradualmente elementos claros de influencia romana, tanto en el acabado formal como en la composición de la decoración pintada. Estas piezas se caracterizan por el uso de arcillas muy tamizadas, de color anaranjado o rojizo, de las que se obtienen pastas duras y consistentes, con un esmerado alisado que les confiere un tacto sedoso (Blanco, 2015: 455-457). La notable uniformidad de estas cerámicas se aprecia en todo el territorio *vacceo* y en áreas limítrofes, tal como se

¹ Existen dudas sobre el origen de este tipo de cerámicas y su decoración. Abascal (1986: 47) sugirió la idea de que podrían tratarse de cerámicas que tomaron elementos de la *sigillata* itálica y gálica enraizados con la tradición alfarera *vaccea*. Posteriormente, él mismo se desmarcó de esta idea argumentando que se trataba de una cerámica ibérica moldeada por tipologías itálicas y meseteñas, muy influenciada por la estética mediterránea, sin raíces regionales (Abascal, 2008: 433). Blanco (2015: 446) sugiere, en cambio, que la decoración sí que pudo haberse inspirado en los grandes alfares de ciudades meseteñas como Numancia, *Pintia* o *Tiermes*. Además, recientemente, en el vertedero de Eras del Bosque (Palencia) se han recuperado, junto con fragmentos *terra sigillata* hispánica, grandes cantidades de restos cerámicos de *tipo Clunia* de pastas blancas y de una calidad excepcional, que hacen dudar sobre su consideración de imitaciones (cf. Romero Carnicero, *et al.* 2014: 458).

observa en Sasamón (Abásolo y García, 1993: 105, fig. 25), Castrojeriz (Sacristán de Lama y Pérez Rodríguez, 1986-88: fig. 8-13) o Saldaña (Abásolo, *et al.*, 1984: 157, fig. 49, 2-5). J. D. Sacristán de Lama en su extenso estudio sobre la cultura material de la Edad del Hierro en el yacimiento de *Rauda* (Roa, Burgos) distinguió dos fases claves. La etapa celtibérica plena o clásica, que presenta influencias del mundo ibérico, especialmente en lo que respecta a las formas y motivos decorativos, y la que él denomina la etapa «tardoceltibérica», que se comenzó a desarrollar en época sertoriana. De ésta última, aunque recibe un tratamiento más secundario en el estudio, se destaca la aparición de molduraciones suaves y carenas, en detrimento de las estrías características de la fase anterior. Además, la decoración pictórica, realizada siempre en negro o marrón oscuro, se compone fundamentalmente de motivos geométricos, líneas y composiciones metopadas que ocupan la parte superior de los recipientes y los bordes (Sacristán de Lama, 1986: 240-245; Sacristán de Lama y Pérez Rodríguez, 1986-88: 85-93).

En época más reciente, J. F. Blanco García ha abordado el estudio de las producciones meseteñas del periodo de transición, centrándose en las cerámicas *vacceas* tardías. Éstas habían sido tratadas previamente de forma muy general por Abascal, quien se limitó a identificar únicamente tres formas (Abascal, 1986: fig. 167, formas n.º 9, 10 y 11). Blanco establece hasta trece morfo-tipos básicos e insiste en la gran homogeneidad que presentan estos recipientes a lo largo de todo el territorio *vacceo* (Blanco, 2015: 455-466). Se trata de producciones que alcanzaron un notable éxito, tal como lo demuestra la recuperación de conjuntos cerámicos fechados hasta mediados del siglo I d. C. en enclaves fronterizos con el territorio *vacceo*, como los ya citados de Sasamón y Castrojeriz (Abásolo y Ruiz Vélez, 1976-77: 272-277), Herrera de Pisuegra (Blanco y Pérez González, 2022: 323-334), Monte Cildá (Ruiz-Gutiérrez, 1993: 91-118) o La Loma (Peralta *et al.*, 2021: 53, 161).

Tanto las cerámicas de *tipo Clunia* como las *vacceas* tardías o tardoceltibéricas muestran cómo las tradiciones alfareras locales evolucionaron en formas y decoración, adaptándose a un contexto donde están ya presentes otras vajillas de factura típicamente romana. Esta coexistencia ofrece a los arqueólogos una herramienta valiosa para afinar su cronología y evolución formal.

Con respecto a la denominación de estas cerámicas como pintadas de origen meseteño hay que señalar que responde a una necesidad de ceñir adecuadamente el espacio original en el que se producen. Autores como J. M. Abascal se han referido a estos recipientes como cerámicas pintadas romanas de tradición indígena, destacando así el momento en que fueron elaboradas, ya que claramente se extienden más allá el cambio de era (Abascal, 2008: 430). Otros, como J. D. Sacristán de Lama, las han tratado como cerámicas tardoceltibéricas, ya que su fabricación se centra en el siglo I a. C. manteniéndose todavía como tales durante una parte de la época altoimperial (Sacristán de Lama, 1986: 229). A similar necesidad responde el término de cerámicas «*vacceas* tardías», usado con frecuencia por algunos autores como Blanco, quien busca así no sólo

resaltar la adscripción cultural de estas producciones a un pueblo del centro del Duero, sino también evidenciar el carácter autóctono de este tipo de cerámicas (Blanco, 2015: 453). Entre las denominaciones señaladas, consideramos que la de «cerámicas pintadas romanas de origen meseteño» –empleada también por Blanco para referirse de manera general a las producciones comprendidas entre el siglo I a. C. y el II d. C.– es la más adecuada, pues evita la habitual dicotomía entre lo indígena y lo romano. Además, esta denominación hace referencia claramente a la Meseta, remitiendo así a un área cultural mejor acotada que la que se deduce de términos como *celtibérico* o *vacceo*.

3. LAS CERÁMICAS PINTADAS HALLADAS EN *IULIOBRIGA* Y SU ENTORNO

Fuera de la Meseta, en la región cantábrica septentrional, apenas existen estudios específicos sobre la cerámica pintada romana. Los pocos catálogos disponibles se apoyan en materiales que en su mayoría están descontextualizados, lo que dificulta su estudio. Un ejemplo de ello lo encontramos en el yacimiento de El Otero (Colmenares de Ojeda, Palencia), identificable con la ciudad cántabra de *Camarica*, citada en la *Geografía* de Ptolomeo (II, 6, 50). En este sitio se ha documentado la presencia de cerámica pintada en superficie, aunque sin mayor precisión de contexto. Dicha cerámica apareció asociada a materiales de la II Edad del Hierro –como una fíbula de tipo torrecilla– pero también a restos de época romana, entre los que destacan fragmentos de *terra sigillata* sudgálica e hispánica y monedas que abarcan desde el periodo republicano hasta época tardorromana (Peralta, 2018: 120). De forma similar, en el yacimiento de Peña Amaya se han documentado hallazgos descontextualizados de esta clase de cerámicas, como un cuenco carenado y una copa con decoración pintada que podrían relacionarse con las cerámicas meseteñas (Quintana, 2008: 237; Cisneros *et al.*, 2005: 567).

El hallazgo de fragmentos cerámicos pintados en cuevas es relativamente frecuente en la franja cantábrica. Se trata de lugares que no presentan evidencias de ocupación habitacional, sino que parecen haber tenido un uso más bien ritual (Bolado, 2020, 336-337). Los materiales que allí aparecen suelen encontrarse asociados a otros objetos a los que se asignan cronologías que se extienden desde la II Edad del Hierro hasta época medieval. A este grupo de yacimientos, situados en la actual Cantabria, pertenecen la cueva de Los Corrales (Castro Urdiales), Las Cáscaras (Alfoz de Loredó), Las Cubrizas (Barcenilla) y Aspío (Ruesga) (Bolado, 2020: 312-337, 387-390, 409, 413). En todas ellas se menciona la presencia de pequeños fragmentos de galbos de cerámica pintada «tardoceltibérica» o «de tradición indígena». Sólo la cueva del Aspío ha proporcionado un recipiente algo más completo, de forma ovoide. Conserva decoración de varias líneas de ondas paralelas –hechas con pintura negra– que se organizan en metopas, al modo que se observa en algunos recipientes procedentes de Monte Cildá (Bolado, 2020: 483; Ruiz-Gutiérrez, 1993: 112; fig. 11, n.º 9). Por el tipo de pie que muestra, el ejemplar comentado podría pertenecer ya a época augustea o julio claudia.

Un yacimiento de gran interés para evaluar la repercusión real de estas cerámicas en el registro arqueológico de época prerromana es el castro de Las Rabas (Celda-Marlantes), situado al sur de la actual Cantabria. En las excavaciones realizadas en este lugar en la década de 1960 se pudieron recuperar varios fragmentos de cerámica celtibérica y tardoceltibérica, en contextos que no presentaban fases de ocupación posteriores a la conquista romana (García Guinea y Rincón, 1970: 26 y 30). El estudio más reciente de los materiales muebles localizados en este castro permite constatar que el peso de estas producciones es mínimo dentro del total recuperado. A partir de una muestra de 9737 fragmentos cerámicos, se han podido distinguir 7210 realizados mediante modelado a mano y 2276 a torno. Dentro de este último grupo, únicamente 50 fragmentos cuentan con decoración pintada, lo que representa tan sólo un 0,7 % del total del registro cerámico y un 2,2 % de la cerámica realizada a torno (Bolado, 2020: 177, 229). Su escasa representación en el registro cerámico del castro sugiere que su circulación y uso fueron muy puntuales, probablemente asociados a contextos específicos, alejados de un consumo cotidiano generalizado. En consecuencia, cabe pensar que estos recipientes tuvieron un peso muy reducido dentro de la vajilla consumida en el interior de la antigua Cantabria durante la II Edad del Hierro.

Apenas a cuatro kilómetros al norte del castro de Las Rabas se encuentra el yacimiento arqueológico de Retortillo, identificado desde el siglo XVIII con la ciudad de *Iuliobriga*. Se trata del yacimiento romano altoimperial mejor conocido del interior de la actual Cantabria. A diferencia de Las Rabas, la ciudad romana presenta un registro arqueológico mucho más variado, en el que las cerámicas pintadas, de clara cronología romana en su mayoría, adquieren una importancia mucho mayor (Iglesias, *et al.* 2008: 129, 150-152). De hecho, como tendremos ocasión de comprobar, *Iuliobriga* es el punto más septentrional en el que se ha documentado una presencia relevante de este tipo de materiales (Figura 1).

Las campañas arqueológicas realizadas en *Iuliobriga* han permitido documentar la existencia de diferentes fases de ocupación. El núcleo romano se asentó sobre un pequeño poblado anterior, situado en una de las zonas prominentes del cerro de Retortillo, sobre la que, en época flavia, se construyó un pequeño foro (Figura 2). Esta sucesión de ocupaciones ha sido confirmada recientemente mediante varias dataciones radiocarbónicas que señalan para el estrato basal de esta área una cronología propiamente prerromana, comprendida entre los siglos IV y III a. C. (Cepeda-Ocampo, 2022: 243). La conservación de los niveles más antiguos fue posible porque, en el momento de la construcción del foro, se procedió a nivelar sólo parcialmente el interior del solar, regularizándose artificialmente la cota del suelo mientras se respetaba la orografía exterior del recinto en su zona más próxima. Es aquí precisamente donde se encuentra la mayor parte de los materiales de cronología temprana localizados en el yacimiento, dentro de un vertedero que tuvo su período de máxima utilización entre los siglos I a. C. y I d. C. (Cepeda-Ocampo e Iglesias Gil, 2015: 170, 178).

LA CERÁMICA PINTADA DE ORIGEN MESETEÑO EN LA CIUDAD DE IULIOBRIGA
(CANTABRIA)

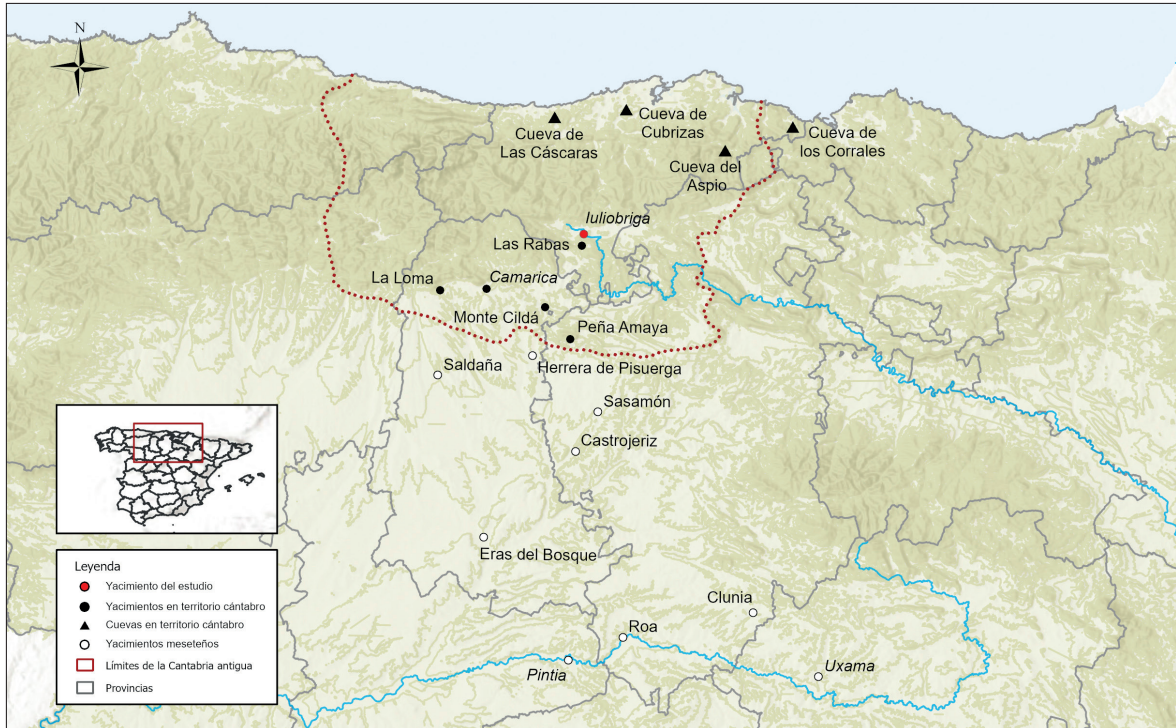


Figura 1

Mapa de situación de los yacimientos mencionados en el texto. Elaboración propia

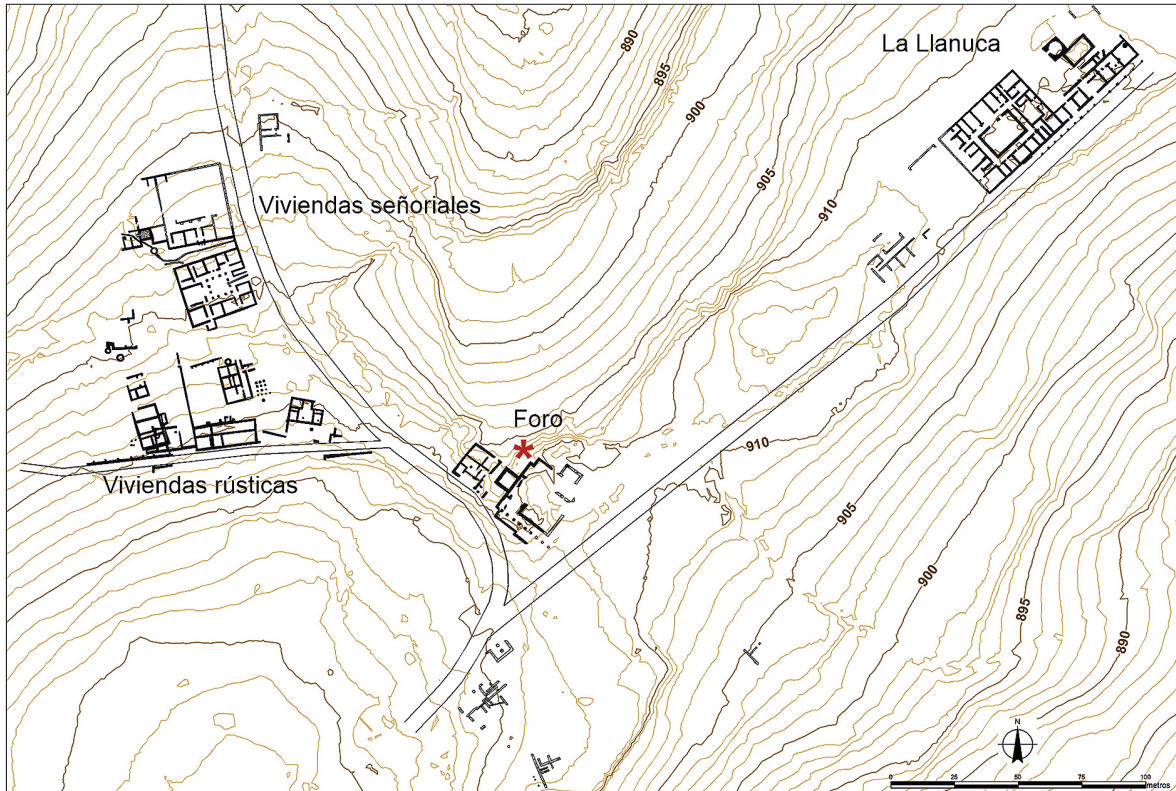


Figura 2

Iulobriga. Plano general de los sectores excavados con indicación del lugar de procedencia de los materiales estudiados (J. I. Jiménez Chaparro)

Entre los estratos conservados en el área inmediata al foro, en su extremo NE, se documentó un potente paquete, de matriz bastante homogénea, correspondiente a las UEs 1083, 1078 y 1061 (Figura 3). Estos depósitos se formaron con anterioridad a la construcción del edificio, que los autores de su excavación sitúan en la década de los años 90 d. C. (Cepeda-Ocampo *et al.* 2009: 107-108). Los materiales allí hallados constituyen el grueso de las evidencias que se estudian en este texto². Aunque algunos fragmentos de cerámica pintada aparecen, de forma residual, en contextos más tardíos, el análisis se centra en el material procedente de las unidades señaladas, que son las que muestran unos contornos cronológicos más definidos.



Figura 3

Corte practicado en las zonas interior y exterior del foro de *Iuliobriga* tras la retirada de la mampostería caída del muro de cierre frontal. Se identifican los estratos que han proporcionado un mayor número de cerámicas pintadas (J. J. Cepeda-Ocampo)

3.1. La cerámica pintada: decoraciones y formas

La presencia de cerámicas pintadas en el yacimiento de *Iuliobriga* ha sido señalada en diferentes ocasiones. Ya en los trabajos de García y Bellido se incluyeron en este grupo piezas decoradas que, a la luz de los análisis actuales, se identifican realmente con

² El material estudiado en este trabajo fue recuperado en el curso de las excavaciones realizadas entre los años 2015 y 2022 por Carolina Cortés Bárcena y Juan José Cepeda-Ocampo, en el marco del proyecto Paisaje Histórico de Campoo los Valles, financiado por la Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria.

producciones medievales (García y Bellido, 1962: 219-220, fig. 2). Las campañas arqueológicas realizadas en los últimos decenios en el área del foro también han permitido documentar, con mayor fiabilidad, un reducido conjunto de cerámicas de *tipo Clunia*. Entre ellas destacan un cuenco de la forma 3B de Abascal, un cuenco carenado y un fragmento de cuello de jarra decorada (Iglesias, *et al.*, 2008: 150). El limitado número de ejemplares recuperados sugiere que este tipo de vajilla, producto seguramente de adquisiciones esporádicas, no tuvo un papel significativo en los hábitos de consumo de la ciudad.

Sin embargo, con respecto al segundo gran grupo de cerámicas pintadas que señalábamos al inicio de este trabajo –el de las cerámicas pintadas de origen meseteño asociadas tradicionalmente a la zona *vaccea*– observamos un comportamiento muy distinto, ya que suponen casi el 19 % del registro total de piezas identificadas en la zona objeto de estudio. Forman parte de un conjunto más amplio de materiales, localizados todos ellos en el exterior del foro, en los estratos pertenecientes al vertedero anteriormente mencionado, con cronologías que abarcan prácticamente todo el siglo I d. C. (Figura 4). Su aparición se produce en convivencia con abundante cerámica indígena modelada a mano (36,8 %) –que es la cerámica de cocina– así como con algún que otro fragmento de ánfora de adscripción tardorrepublicana y varias tinajas de almacenamiento de cerámica común romana (11,7 %). En cuanto al repertorio de vajilla de mesa, cabe señalar que coexisten con cerámicas finas romanas del tipo *terra sigillata*

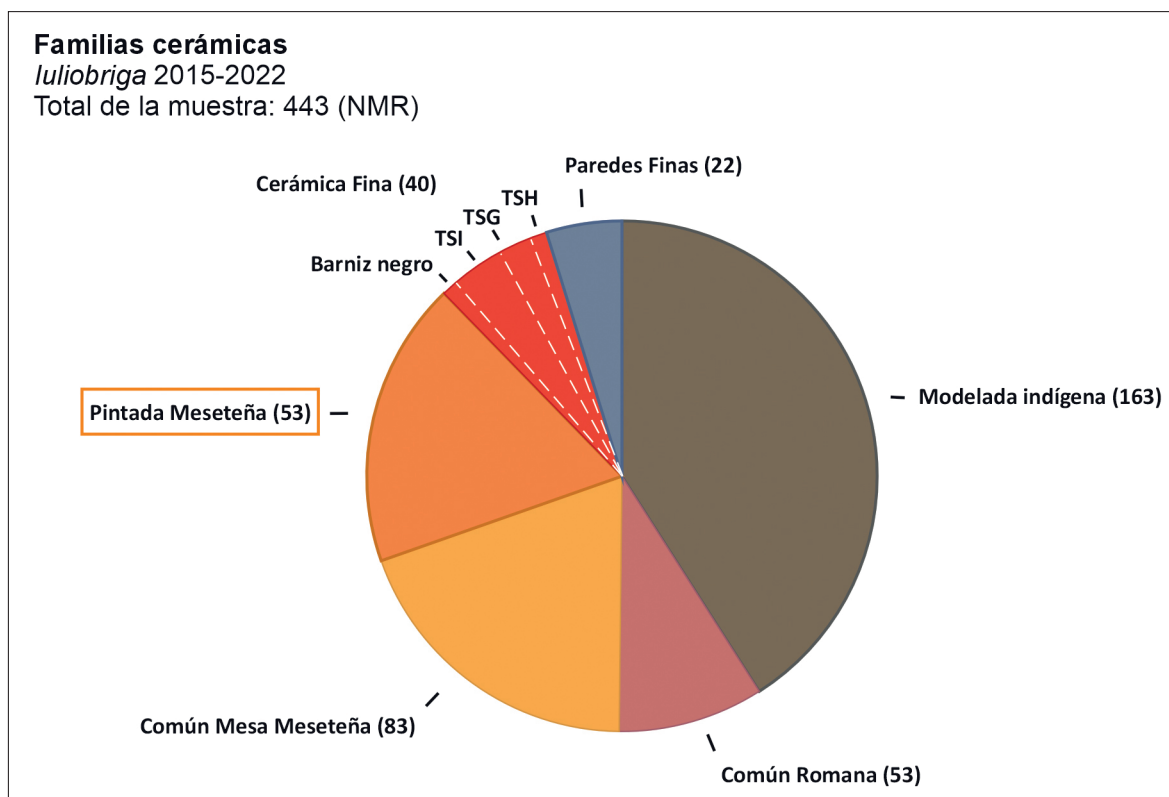


Figura 4

Distribución de las cerámicas localizadas en las UEs 1083, 1078 y 1061. NMR: número mínimo de recipientes estimado a partir del material individualizable. Elaboración propia

de procedencia itálica y sudgálica (9 %). En los aportes más recientes que sellan el depósito se identifican también escasos fragmentos de *terra sigillata* hispánica temprana, de estilo metopado y con guirnaldas, acordes con las características observadas en otras zonas del foro excavadas con anterioridad (Iglesias, *et al.* 2008: 147-148).

Las cerámicas que ahora nos ocupan se caracterizan por tener pastas duras, ya que están elaboradas con arcilla muy tamizada y consistente, sin desgrasantes a simple vista. Su torneado es muy cuidadoso y las superficies externas están trabajadas mediante la técnica de alisado. El color de la pasta es mayoritariamente naranja o rojo ladrillo (Figura 5), aunque en algunos pocos casos presentan cocciones mixtas con coloraciones que oscilan entre el gris claro y el marrón. En cualquier caso, se trata de recipientes que denotan cierta elegancia debido a la excelente cocción y calidad de sus pastas.

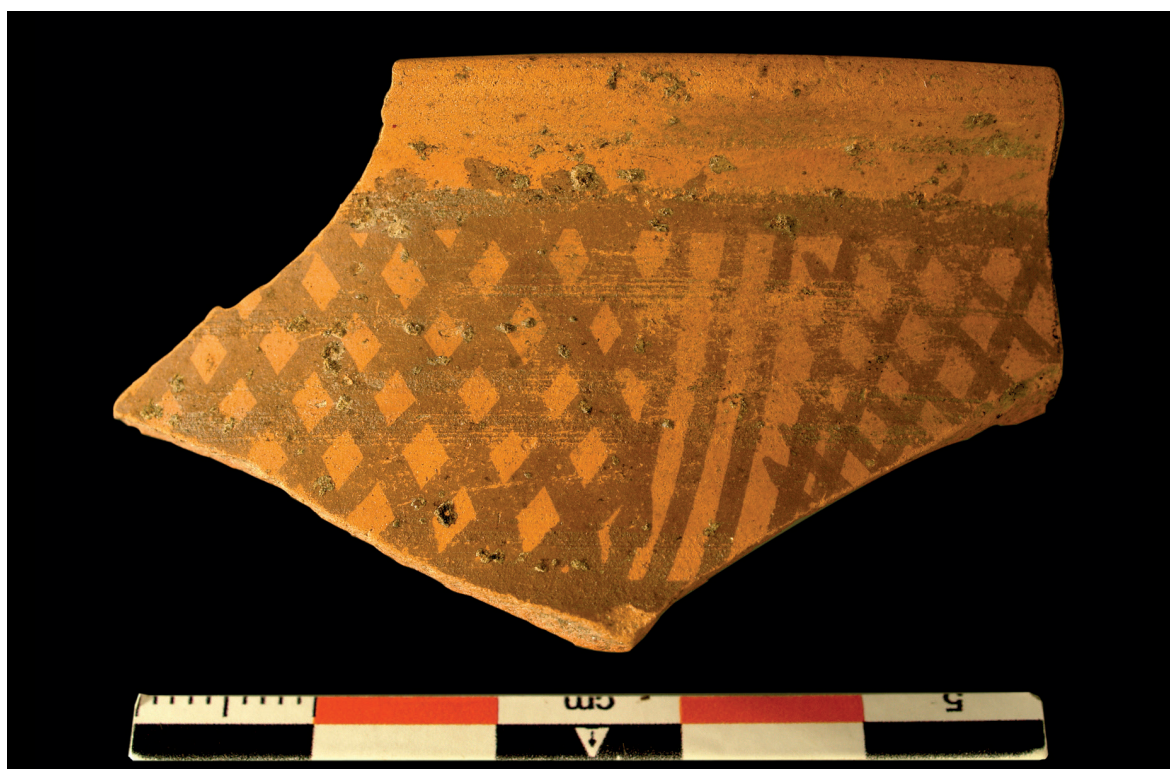


Figura 5

Fragmento de cerámica pintada meseteña con motivo reticulado distribuido en metopas.
Iuliobriga (UE 1061)

La decoración, realizada con pintura negra o marrón oscura, suele ubicarse en la pared exterior de los recipientes y con cierta frecuencia en la parte interior de los bordes. El primer grupo decorativo, el más frecuente, es el de los motivos lineales (47 %), especialmente el que incorpora líneas horizontales que a menudo decoran el cuello o tercio superior la vasija (Figura 6). En ocasiones también aparecen delimitando frisos decorativos o encerrando una carena o un baquetón (6 %). La pared interior de los bordes que presenta decoración lineal se realizaba con pequeños trazos transversales, que a veces

van acompañados de una banda o línea horizontal que los atraviesa (26 %). Ésta es una característica heredada, ampliamente documentada en el repertorio de la cerámica tardoceltibérica. En cambio, es poco habitual encontrar este tipo de decoración en los bordes de los conjuntos de la etapa llamada clásica, en la que la decoración más frecuente es la formada con motivos en dientes de sierra (Sacristán de Lama, 1986: 184, 243).

Asimismo, los motivos geométricos, aunque en menor proporción, son abundantes en la cerámica pintada de *Iuliobriga*. Destacan especialmente los triángulos abiertos formados por trazos paralelos oblicuos (13 %). En raras ocasiones, podemos encontrar también triángulos dobles unidos en el vértice, formando rombos, que suelen articularse en un friso delimitado por varias líneas horizontales. Los motivos reticulados también están presentes (6 %). Se caracterizan por la repetición de trazos lineales paralelos y perpendiculares que generan estructuras geométricas de tipo malla o enrejado. Al igual que en el caso anterior, este tipo de decoración suele estar delimitado por un friso. Otro recurso decorativo son los arquillos colgantes (5 %), es decir, la sucesión de arcos o semicírculos que se encuentran colgados de una línea horizontal. Por último, cabe mencionar las aspas, formadas por varios trazos que se cruzan diagonalmente. Aunque no es un motivo muy frecuente, se ha documentado en un caso.

Los motivos mencionados se presentan a veces en composiciones metopadas, separadas por tres o cuatro líneas verticales que enmarcan los campos decorativos. Este patrón aparece en once de los recipientes estudiados, lo que representa el 13 % del total.

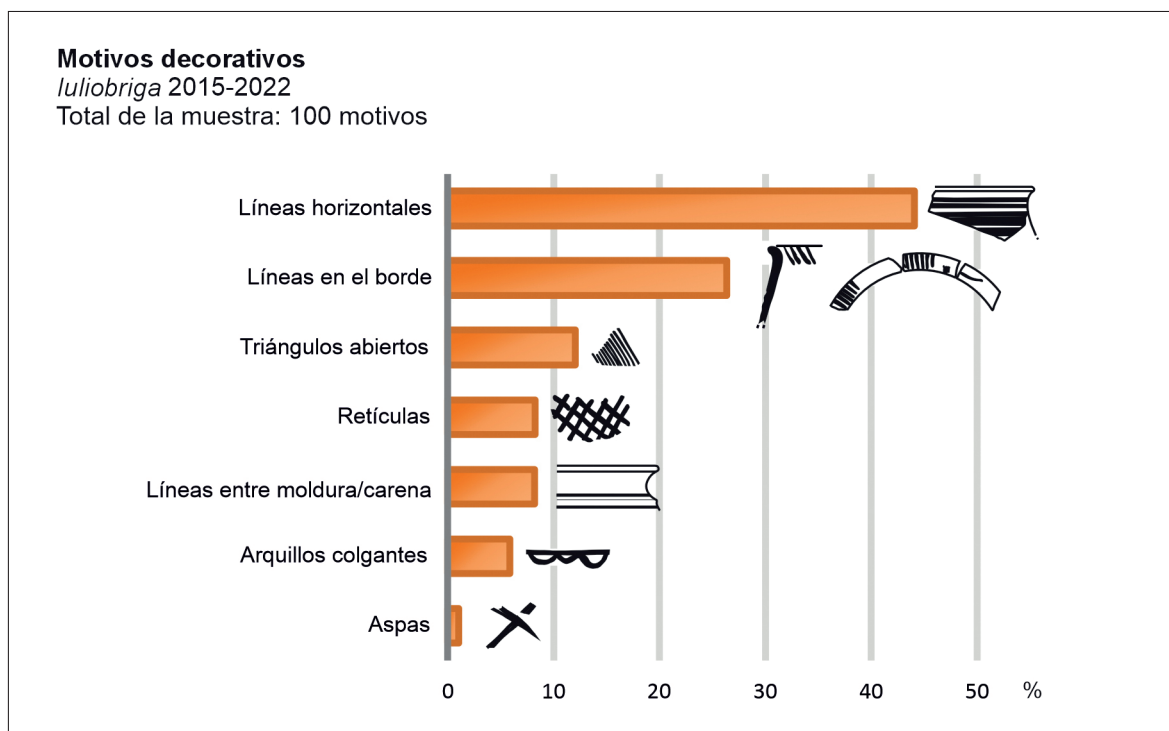


Figura 6

Distribución de los motivos decorativos más representados en la cerámica pintada de *Iuliobriga*.
Elaboración propia

Respecto a la tipología formal, si bien carecemos de un marco actualizado y los estudios de referencia son escasos, nos hemos apoyado en los trabajos de Abascal y Blanco. De mayor a menor representación, predominan los fragmentos adscribibles a tinajillas (Figura 7) o a recipientes correspondientes a la forma 11 de Abascal, definida

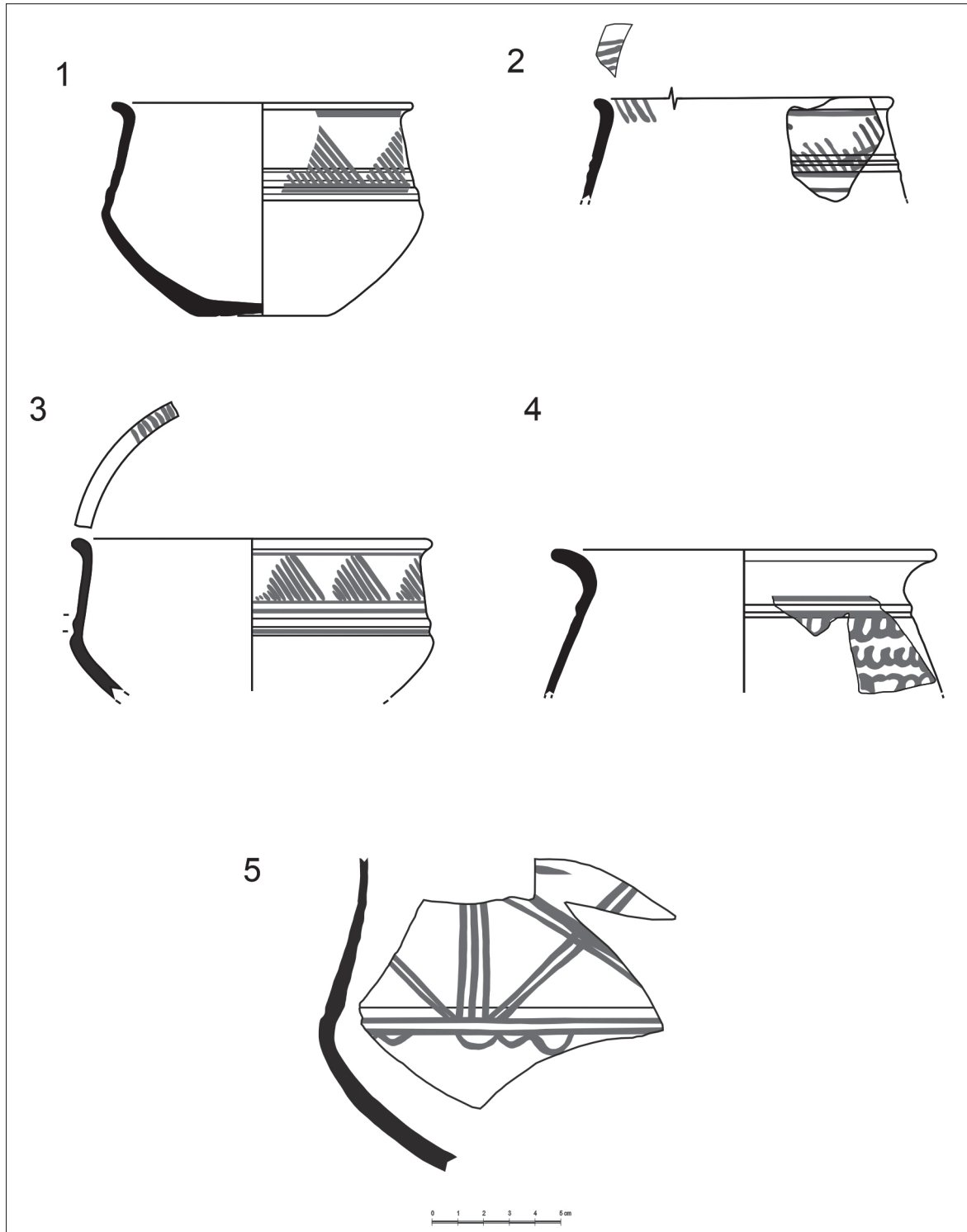


Figura 7

Tinajillas de cerámica pintada (grupo 1). Elaboración propia

por él como una «urna carenada de labio vuelto» (Abascal, 1986: 73). Se caracterizan por tener un cuerpo globular carenado y un borde vuelto. Aunque presentan cierta variabilidad en su tamaño –con diámetros de boca que oscilan entre los 7 y los 16 cm– mantienen una proporción en la que la altura predomina sobre la anchura. Generalmente cuentan con una molduración o baquetón en la zona del cuello, que suele estar decorada con líneas pintadas horizontales. Esto se debe a que la pintura se concentra principalmente en la franja comprendida entre el cuello y la zona de máximo diámetro del cuerpo, donde además los motivos lineales pueden verse acompañados de composiciones metopadas hechas con triángulos abiertos o aspas. También es frecuente la presencia de trazos oblicuos en el borde.

Abascal distinguió estas tinajillas a partir de un ejemplar localizado en la necrópolis palentina de Eras del Bosque que atribuyó a «formas no clunienses» de la primera mitad del siglo I d. C. (Abascal, 1986: 72-73). Se trata de recipientes heredados de la etapa celtibérica «clásica», por su similitud con los vasos de borde vuelto y labio engrosado o los de «palo de golf» que describía Sacristán de Lama en *Rauda* (1986: 162-166). Corresponden a las vasijas de boca cerrada y borde vuelto que describía Ruiz-Gutiérrez en su estudio de Monte Cildá (Ruiz-Gutiérrez, 1993: 97-98). Se trata de una forma versátil que se adaptó a los gustos propios del siglo I, aunque siempre mantuvo la molduración característica entre el borde y la pared (Romero Carnicero, *et al.*, 2014: 452).

Los cuencos son el segundo tipo más abundante. A éste pertenecen todos aquellos recipientes en los que normalmente predomina la anchura frente a la altura (Figura 8). Las formas de los cuerpos muestran cierta diversidad –hemisféricos, globulares o con carenas en la zona de máxima anchura– si bien la norma general es la presencia de paredes delgadas (3 o 4 mm) con tendencia a la verticalidad. Sus bocas son abiertas, de diámetros situados entre los 10 y 20 cm, y con bordes ligeramente vueltos. Se trata de una forma que encaja en el grupo de vasos carenados de las formas 3B y 9 y el vaso con cuerpo globular de paredes rectas de la forma 4 de Abascal (Abascal, 1986: 64-73). Todas estas formas parecen ajustarse a una estandarización de los tipos, en un momento en el que se tiende a la fabricación de formas de menores dimensiones y se hace presente la influencia de la vajilla romana, reconocible especialmente en la forma adoptada por los pies, los bordes y el grosor de las paredes (Blanco, 2015: 439). La decoración se presenta, como en el grupo anterior, entre el cuello y la zona de máxima anchura. Generalmente es de tipo lineal horizontal o de composiciones en frisos. Entre los motivos más representados destacan los triángulos abiertos y las retículas. También es bastante frecuente la presencia de trazos paralelos en el borde.

En tercer lugar, se observa la presencia de varias copas. Los fragmentos hallados son de pequeño tamaño, pero en ellos se ha conservado el borde, lo que nos ayuda a identificar la forma. Se trata de recipientes que tienen un perfil en forma de casquete esférico poco profundo (Coira Noguera, 2021: 144). El borde es simple, ligeramente engrosado al interior y su diámetro oscila entre los 12-16 cm (Figura 9, n.º 1 y 2). La decoración es siempre muy sencilla, de tipo lineal y en torno al cuerpo. Se asocia con las

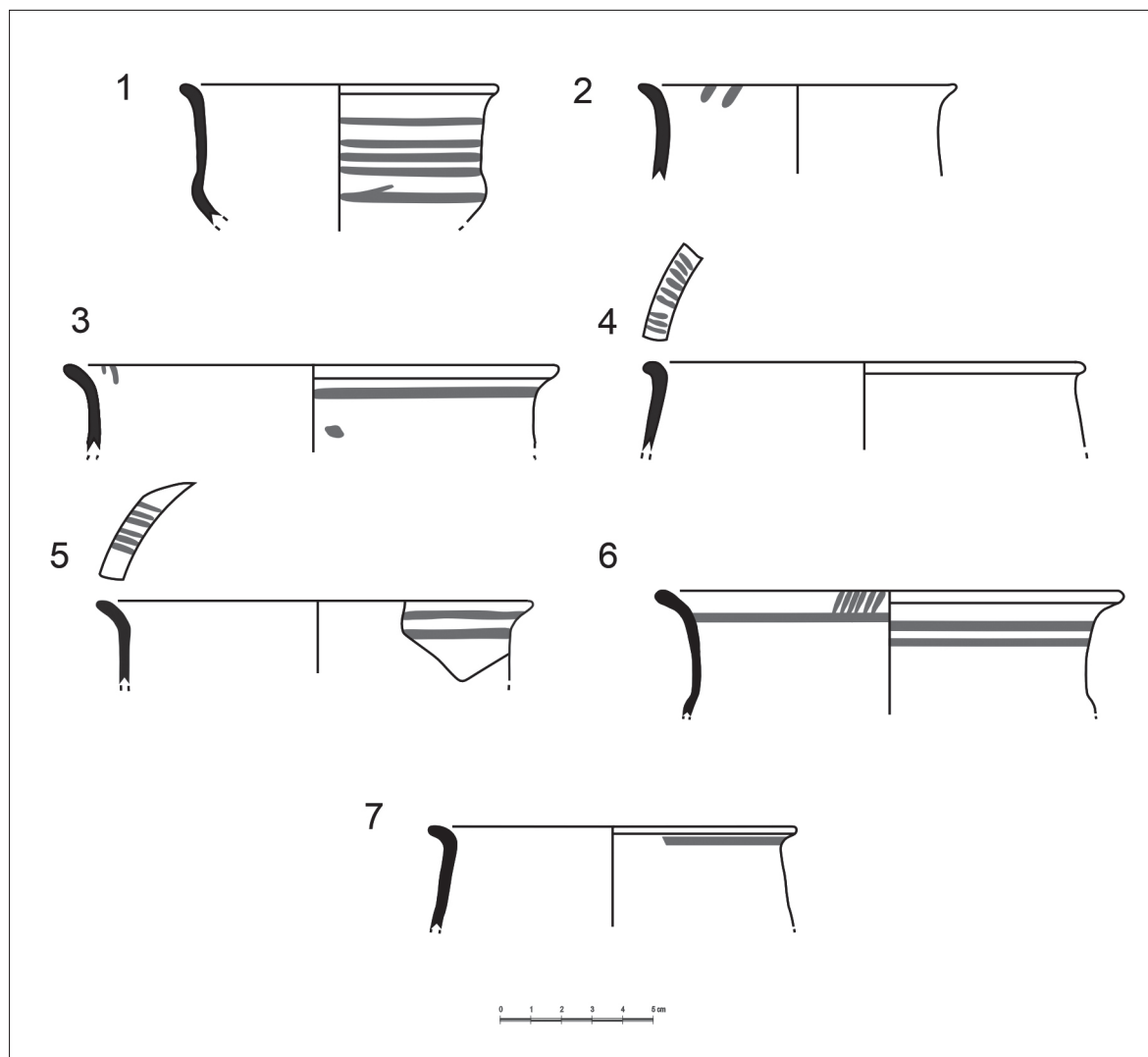


Figura 8

Cuencos de cerámica pintada (grupo 2). Elaboración propia

formas que Abascal (1986: fig. 9) describe como cuencos y copas «indigenizantes». En los depósitos estratigráficos de cronología posterior, en el área del foro, las copas presentan perfiles variados, con bordes engrosados y pegados a la pared (Figura 9, n.º 3), un rasgo ya propio del repertorio romano (Blanco y Pérez, 2022: 331). Sin embargo, tanto la decoración como la pasta muestran las características propias de las producciones de origen meseteño, como se ha venido señalando.

Por último, cabe mencionar que también se encuentran en el repertorio aquí manejado varios fragmentos de jarras, asimilables a la forma 6 de Abascal, que se compara con el *lekythos* griego (Abascal, 1986: 67-69). Son recipientes de formas cerradas que destacan por tener un labio muy saliente y un largo cuello que se estrecha muy pronto para abrirse después en la zona de contacto con la parte cilíndrica del cuerpo. La decoración suele iniciarse en el cuello con varias líneas horizontales que se completan ocasionalmente con composiciones metopadas dispuestas ya en el cuerpo de las piezas (Figura 10).

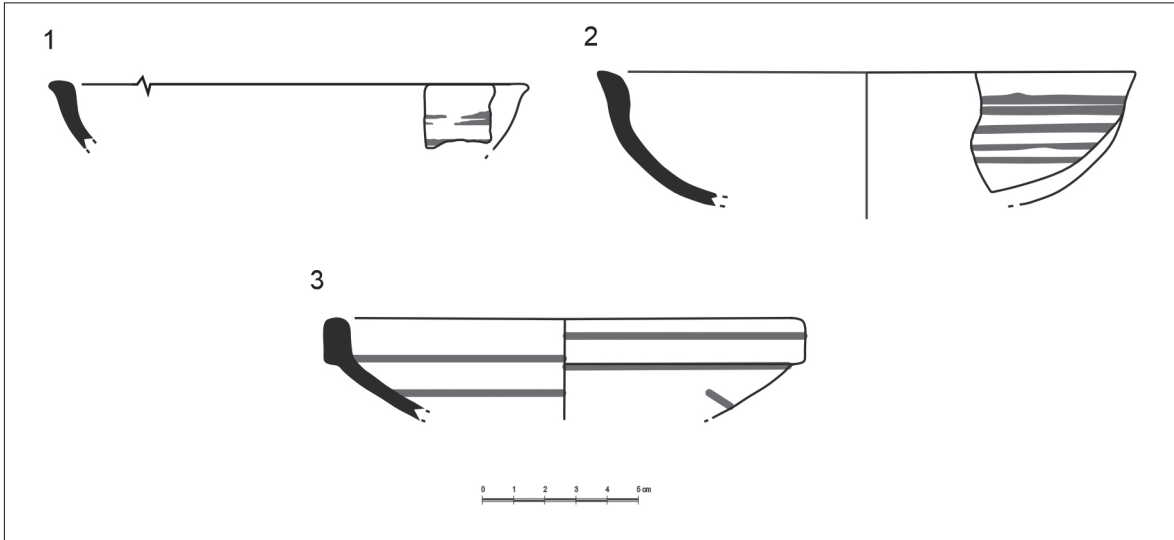


Figura 9
Copas con decoración pintada (grupo 3). Elaboración propia

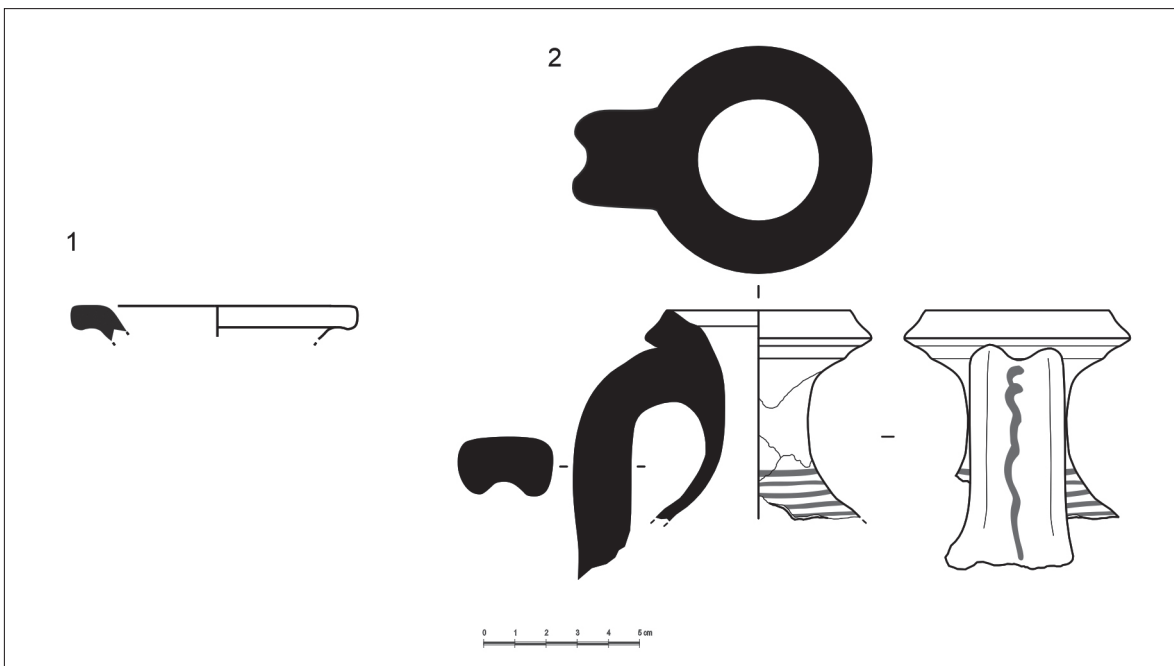


Figura 10
Jarras con decoración pintada (grupo 4).
Elaboración propia (el número 2 se ha completado a partir de un dibujo de I. Gaytán de Ayala)

La variedad de formas documentada en *Iuliobriga* revela que este yacimiento actuó como uno de los últimos eslabones de una red de distribución de productos que hizo llegar las cerámicas pintadas de origen meseteño hasta el área central de la antigua Cantabria. La consolidación del consumo de este tipo de vajilla no sólo ha de relacionarse con dinámicas propiamente comerciales, sino que debe considerarse como parte de un conjunto más amplio de transformaciones que se asocian a la

romanización: la concentración de la población en núcleos urbanos de mayor entidad con el consiguiente incremento en la demanda de bienes especializados y la articulación de nuevas redes de intercambio. Todo ello fue posible gracias a la implantación de una infraestructura de transporte, inexistente en periodos anteriores, que no sólo facilitó la circulación de mercancías, sino también la difusión de estilos y referentes culturales. En este contexto, *Iuliobriga* se configura como un nodo de conexión entre las cuencas de los ríos Duero y Ebro, clave en la articulación económica y cultural del territorio de la región cantábrica en época romana.

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL, J. M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*, Universidad de Alicante, Madrid.
- ABASCAL, J. M. (2008): «Las cerámicas “Tipo Clunia” y otras producciones pintadas hispano-romanas», en Bernal Casasola, D., Ribera i Lacomba, A. (coords.): *Cerámicas hispano-romanas. Un estado de la cuestión*, 429-444, Cádiz.
- ABÁSULO, J. A. y GARCÍA, J. R. (1993): *Excavaciones en Sasamón (Burgos)*, Excavaciones Arqueológicas en España, vol. 164, Madrid.
- ABÁSULO, J. A. y RUIZ VÉLEZ, I. (1976-77): «El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas», *Sautuola: Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología*, n.º 2, 263-280, Santander.
- ABÁSULO, J. A., CORTÉS, J., PÉREZ, F. y VIGHI, A. (1984): *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona, Saldaña (Palencia)*, Institución Tello Téllez de Meneses, Palencia.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (2015): «La cerámica pintada meseteña desde Augusto hasta Adriano», en C. Fernández Ochoa, Á. Morillo y M. Zorzalejos (eds.): *Manual de Cerámica romana II. Cerámicas romanas de época altoimperial en Hispania. Importación y producción*. 429-492, Madrid.
- BLANCO GARCÍA, J. F. y PÉREZ GONZÁLEZ, C. (2022): «Un tipo de copa de tradición indígena en cerámica común romana anaranjada procedente de Herrera de Pisuerga (Palencia, España)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, n.º 48(1), 323-334, Madrid.
- BOLADO DEL CASTILLO, R. (2020): *La cultura material de la Edad del Hierro en Cantabria (España)*, Tesis doctoral. Universidad de Cantabria, Santander.
- CEPEDA-OCAMPO, J. J. (2022): «Iuliobriga. Una pequeña ciudad romana en la Hispania cantábrica», en P. Mateos, M. Olcina, A. Pizzo y T. G. Schattner (eds.). *Small Towns. Una realidad urbana en la Hispania romana*, Mytra 10, vol. II, 241-251, Mérida.
- CEPEDA-OCAMPO, J. J. e IGLESIAS GIL, J. M. (2015): «Iuliobriga. Intervenciones arqueológicas recientes», *Sautuola: Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología*, n.º 20, 169-183, Santander.
- CEPEDA-OCAMPO, J. J., IGLESIAS GIL, J. M. y RUIZ-GUTIÉRREZ, A. (2009): «El foro romano de Iuliobriga. Nuevas investigaciones arqueológicas», *Archivo Español de Arqueología*, 82, 97-114, Madrid.
- CISNEROS, M. QUINTANA, J. y RAMÍREZ, J. L. (2005): «Peña Amaya y Peña Ulaña: toponimia y arqueología prerromanas», *Palaeohispanica*, 5, 565-584, Zaragoza.
- COIRA NOGUERA, J. C. (2021): *La cerámica del oppidum vacceo-romano de Las Quintanas, Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid). Estudio analítico y contextual*, Vaccea Monografías, 10, Valladolid.

- GARCÍA GUINEA, M. Á. y RINCÓN, R. (1970): *El Asentamiento Cántabro de Celada Marlantes (Santander)*, Institución Cultural de Cantabria, Santander.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1962): *Excavaciones en Iuliobriga y exploraciones en la región cántabra*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 218-245, Alicante. Versión digital en: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc2f845>
- IGLESIAS GIL, J. M., CEPEDA-OCAMPO, J. J. y SARABIA ROGINA, P. (2008): *Iuliobriga. Intervención arqueológica en el interior de la iglesia de Santa María de Retortillo (Cantabria), Sautuola: Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología*, n.º 14, 127-164, Santander.
- LIÓN, C. y CRESPO, J. (2015): «Cerámica pintada romana. Las botellas de la forma Abascal 5 procedentes del solar de la Avenida de los Vacceos en Palencia», *Ex Officina Hispana*, Tomo II, 351-368, Madrid.
- PERALTA LABRADOR, E. (2018): «La Tésera de Hospitalidad Prerromana de El Otero y los Cántabros Camáricos», *Liburna*, 13, 93-143, Valencia.
- PERALTA LABRADOR, E., TORRES MARTÍNEZ, J. F. y DOMÍNGUEZ-SOLERA, S. D. (2021): *Asedio de La Loma (Santibáñez de la Peña). Historia de las campañas de 2003 a 2018*, Editorial Clan, Madrid.
- QUINTANA LÓPEZ, J. (2008): «Amaya, ¿capital de Cantabria?», en J. R. Aja, M. Cisneros y J. L. Ramírez (coords.): *Los Cántabros en la Antigüedad. La Historia frente al Mito*, Universidad de Cantabria, 229-264, Santander.
- ROMERO, M. V., CRESPO, J., LIÓN, C., DEL VALLE A. y DELGADO, J. (2014): «El vertedero de un taller cerámico de *Pallantia* (Palencia) altoimperial», en R. Morais, A. Fernández y M. J. Sousa (eds.) *As Produções Cerâmicas de Imitação na Hispania*, Tomo I (Monografías Ex Officina Hispana, II), 447-461, Porto.
- ROMERO, M. V., LIÓN, C. y CRESPO, J. (2018): «Nuevas formas de cerámica pintada romana de "tipo Clunia" documentadas en Palencia», *Ex Officina Hispana*, 9, 44-48, Madrid.
- RUIZ-GUTIÉRREZ, A. (1993): *Estudio histórico-arqueológico de Monte Cildá (Aguilar de Campoo, Palencia)*, Editorial Universidad de Cantabria, Santander.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Ediciones Universidad de Valladolid, Valladolid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. (1986-88): «Un interesante conjunto cerámico "tardoceltibérico"», *Sautuola: Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología Sautuola*, n.º 5, 81-113, Santander.